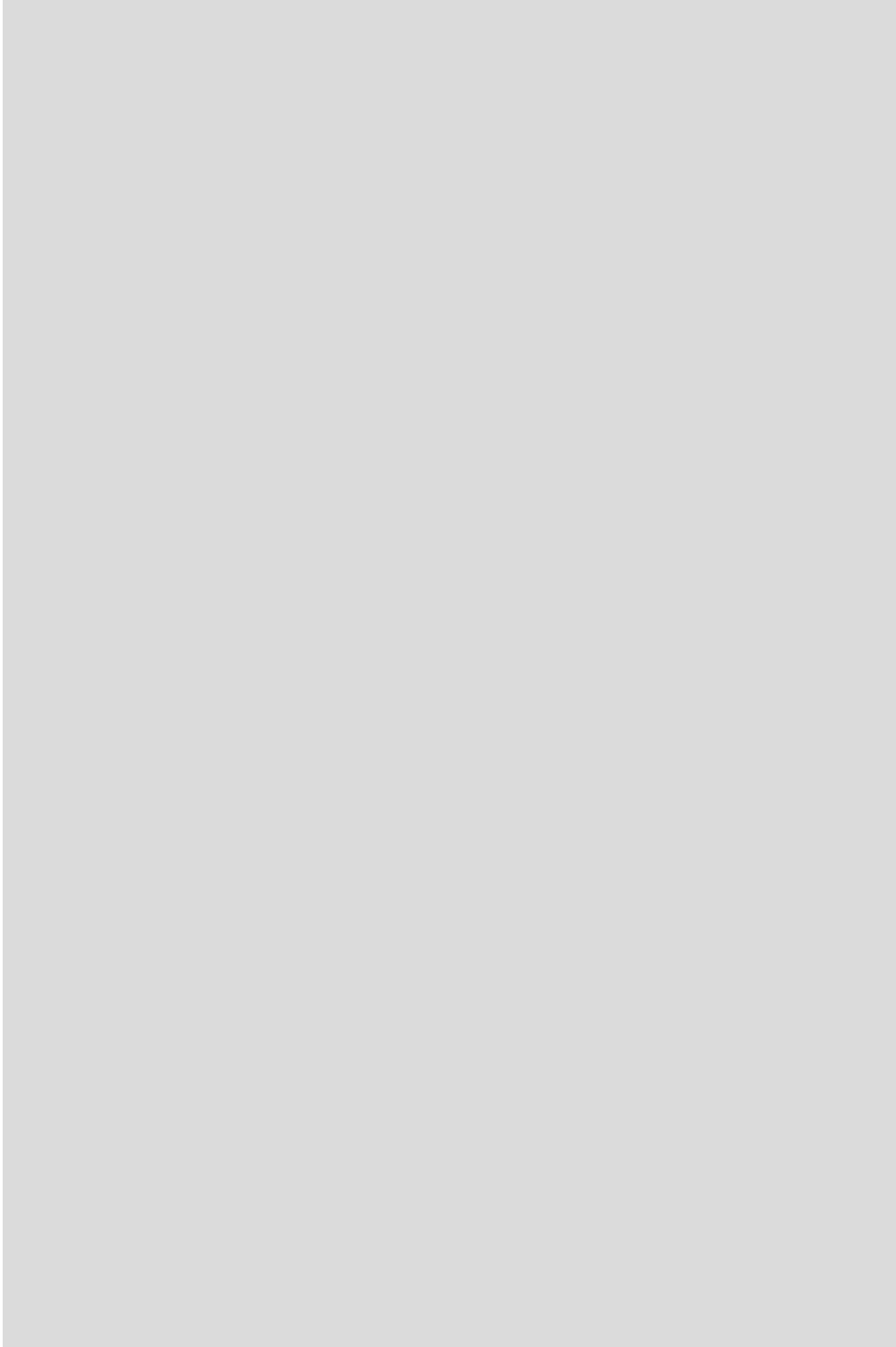


# AUSENCIAS

miguel ángel herrero salvador



# Capítulo 1

## AUSENCIAS

Pilar la descubrió primero, según llegábamos, a unos ocho o nueve metros:

-Allí al fondo, hay una mesa que va a quedar libre- dijo-. Se están levantando... Vamos rápido, antes de que alguien la ocupe.

Faltaban veinte minutos para las dos de la tarde y el calor se había vuelto sofocante por momentos. Los niños nos habían dicho que querían descansar. No habían parado en toda la mañana y estaban exhaustos, hambrientos, sedientos. La amplia zona habilitada para comer se encontraba de bote en bote, con bulliciosos críos de todas las edades, con padres y madres y abuelos a su alrededor. Yo ayudé a Paco a llevar el carrito entre las mesas con la pequeña dentro, que se había dormido hacía un rato. Nos habíamos juntado Pilar y su marido Antonio, con sus dos hijos, Hugo y Pablo, de siete y cinco años; Marga y su pareja Paco, con Isaac, su hijo de siete años y Julia, de casi tres; Luisa y su marido Juanma, con Iker y Rubén, sus hijos de siete y cuatro años; yo estaba con Rafaela, mi mujer, y mi hijo Miguel. Todos nuestros primogénitos eran compañeros de clase.

En la mesa que quedó a nuestra disposición, de madera oscura, alargada, atornillada al suelo de terrazo por sus patas metálicas, cupimos holgadamente. En paralelo, a modo de asientos, unas bancas también de madera, también atornilladas al suelo. El sitio disfrutaba de una buena parte de sombra proporcionada por las ramas de los árboles que jalonaban el recinto.

-Vaya suerte- dijo Antonio nada más sentarse.

-Venga, id sentándoos-dijo Pilar a los niños-, que ahora os ponemos la comida.

Una vez instalados, fuimos sacando de las mochilas y de las cestas de los carritos fiambreras con filetes de pechugas de pollo empanado, tortillas de patata, embutidos y empanada de atún y un pequeño bizcocho de chocolate. Marga había llevado cubiertos y platos de plástico donde colocamos las viandas. Luego las madres se encargaron de distribuir entre los niños la comida para que fueran comiendo ellos primero; mientras tanto acompañé a Antonio hasta un gran quiosco donde compramos latas

de cerveza bien fría, botellas de agua y refrescos.

-Aquí se está de maravilla-dije bebiendo un sorbo largo de la lata.

Para entonces nuestros hijos habían devorado la comida en un santiamén y estaban jugando cerca, en un espacio despejado. No los perdíamos de vista.

-Con esta temperatura el zoo resulta matador-dijo Juanma.

-La última vez que estuvimos con los peques recuerdo que también hacía mucho calor-dijo Marga.

-¿Cuándo fue? ¿Hace dos, tres años?- preguntó Luisa.

-Tres años. Y también era el mes de mayo-dijo Paco.

-Joder, el tiempo vuela. Claro, éstos estaban en segundo y yo andaba embarazada-dijo Marga.

-Sí... Fue el año que pasó lo de Raúl- dijo Juanma.

Hubo un cruce mutuo de miradas, gravedad en los semblantes. El peso colosal del recuerdo, que cobró la forma súbita del silencio, se instaló sobre los hombros de cada uno de nosotros, y por un brevísimo instante se nos volvió intolerable mientras comíamos.

-El mío ya no menciona a Raúl-dijo al cabo Luisa-. Al principio sí, me decía a menudo que la profesora les había dicho que estaba en el cielo.

-Hugo igual, aunque estuvo un poco raro todo ese verano-dijo Pilar.

-Por fortuna, no sienten ni entienden la muerte como nosotros-dijo Antonio.

-¿Habéis vuelto a ver a alguno de sus padres? ¿Sabéis algo de ellos?- preguntó Juanma.

-No, nada desde entonces -dijo Pilar-. Si os acordáis, ella enseguida se dio de baja del *whatsapp* que teníamos las madres de clase. La llamé luego unas cuantas veces pero nunca me cogió el teléfono.

-¿Te acuerdas de cómo se llamaban?-le pregunté a Antonio, que se sentaba a mi derecha.

-Ella Raquel y él Ricardo... Bromeaba con ellos cuando les decía que eran

la familia de las tres erres.

-Se acaba uno olvidando de todo-dije, aunque bien es verdad que ni mi mujer ni yo les habíamos tratado mucho.

-Se divorciaron a comienzos del año siguiente -iba diciendo Pilar-. Me lo contó la hermana de Ricardo, con quien me encontré un día en la plaza de abastos. Me dijo que él pidió un traslado y que se marchó al sur, de donde eran sus padres. Acabaron vendiendo la casa, y Raquel dejó de trabajar, o la despidieron, eso no lo tenía muy claro.

-Yo a Raquel creo que la vi una mañana por el centro, hace mucho. Me pareció que iba con una de sus hermanas-dijo Marga.

-¿Él no era comercial?-le pregunté a Antonio.

-Sí, trabajaba como comercial de ferretería.

-Fue en el pueblo de los padres de ella donde ocurrió, ¿no?-preguntó Marga.

-Sí, dos o tres fines de semana después de que hubiésemos estado aquí-dijo Antonio.

-El crío era un cielo-dijo Pilar.

-A mí ellos me caían muy bien. Con Ricardo te descojonabas. Era un tío muy cachondo-dijo Juanma.

-Ella también era muy maja. La verdad es que formaban una pareja que parecía bien avenida- dijo Luisa.

-Menudo putadón... -dijo Antonio.

-Con situaciones así no sabe uno qué es mejor -dije-. Si hubiesen tenido otro hijo quizá hubieran continuado juntos. Pero cómo lo haces, cómo sales adelante... Esa es la cuestión.

-Cuando piensas que un azar desfavorable o la insensatez de la gente pueden arruinarte la vida -dijo Antonio, pensativo, sombrío.

-Tú lo has dicho: somos puro azar -dijo Paco-. Y parece que siempre lo olvidamos. Asumir que aquello que más quieres lo puedes perder en un segundo de la manera más absurda. Da un poco de miedo, la verdad.

-Por favor, si no os importa cambiemos de tema -dijo Luisa.

-Sí, eso, cambiemos de tema.-dijo Pilar.

-¿Nos vamos ya?-pregunté.

Limpiamos la mesa, tiramos la basura en los distintos contenedores y llamamos a nuestros hijos. En cuanto se acercaron demandando agua, las madres, en una coreografía improvisada y espontánea, los abrazaron y los besaron. Les habíamos prometido que íbamos a llevarles a primera hora de la tarde a ver el espectáculo de los delfines en la piscina.